

La defensa de Petrogrado

León Trotsky

7 de noviembre de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 419-430; también para las notas. Informe al Comité Central Ejecutivo Panruso el 7 de noviembre de 1919.)

¡Camaradas! Permittedme comenzar por la noticia que acaba de llegarnos de Petrogrado, enviada por el camarada Zinóviev: el VII Ejército, conjuntamente con su vecino, el XV Ejército (los dos ejércitos que combaten contra las bandas blancas de Yudénich) avanzan con éxito y han puesto en nuestras manos la única ciudad que, de hecho, servía de base a Yudénich: *Gdov*. Si recordáis, camaradas, que hace cuatro semanas nuestra situación militar no sólo parecía, sino que en realidad era muy amenazadora, puede decirse que en el último mes el Ejército Rojo ha hecho grandes progresos en todos los frentes.

Ayer y hoy, coincidiendo justamente con la celebración de nuestro aniversario, el Ejército Rojo nos ha devuelto Chernigov, Sevsk y Gdov.

En el frente fundamental, en el sur, aún no hemos conseguido el principal objetivo: aplastar el núcleo esencial de los ejércitos de Denikin, pero ya lo hemos quebrantado considerablemente. Cesaron las ofensivas enemigas, salvo ciertos movimientos aislados en algunos sectores reducidos. En cambio, Denikin se retira sobre una enorme extensión, y la prensa anglofrancesa se pregunta con natural alarma por las causas de esa retirada. ¿Qué ha sucedido con Denikin ?, se pregunta la radio inglesa y americana; ¿bajo qué maleficio ha caído este Denikin, hace poco victorioso? Durante los dos años últimos algo han aprendido esos señores anglofranceses: han visto cómo Kolchak, que casi había sido ungido por los financieros y usureros de los dos hemisferios, ese Kolchak que alargaba la mano hacia Moscú, recula magníficamente hacia el este y según los datos que obran en nuestro poder trasladó su residencia de Omsk a Irkutsk, más cerca de sus cofrades, los dueños de las bolsas de Tokio y Nueva York.

También van bien nuestros asuntos en el noroeste. Precisamente en el umbral del segundo aniversario soviético se abatió el golpe precedente de dónde ya no lo esperábamos: me refiero al ejército del noroeste, el ejército de ese Yudénich que el camarada Demian Biedni (con fundamento o sin él) considera descendiente de Judas. Yudénich casi no tenía retaguardia, siendo en este aspecto más débil que los otros dos candidatos: Kolchak y Denikin. Pero contaba con abundante ayuda de la Entente: era el más próximo, el más accesible por mar, se apoyaba en los estados bálticos recién formados. Después de su ofensiva de mayo, Yudénich fue rechazado, rechazado, pero no aniquilado. Tranquilamente, en territorio estoniano, con la ayuda de Inglaterra, en primer lugar, restauró sus fuerzas y comenzó una nueva ofensiva.

Nuestro trabajo era sumamente intenso en ese periodo: nos tenía ocupados Denikin y nos vimos obligados (para preservar el camino a Tula y Moscú) a debilitar el ejército de Petrogrado, el VII Ejército. Justamente en el momento en que en el sur las cosas iban mejor, desapareciendo el peligro inmediato sobre Tula y Moscú, se desencadenó el golpe contra Petrogrado desde Yámburg. Parecía que todos los apetitos y esperanzas de nuestros enemigos se hubieran polarizado en Petrogrado; como si en la cuestión de Petrogrado se decidiera la suerte del poder soviético.

En realidad, no es así, y ahora, cuando el peligro ha pasado, podemos decir con seguridad que, aunque hubiéramos tenido que abandonar temporalmente Petrogrado, no hubiéramos perecido por ello. Pero las clases burguesas de todos los países, que han luchado contra nosotros por espacio de dos años y esperaban con impaciencia nuestra

caída, en cuanto creyeron que Petrogrado estaba en sus manos se dijeron: éste es el comienzo del hundimiento del poder soviético, de Petrogrado a Moscú no hay mucho. Y era tanta la significación que atribuían a la expedición sobre Petrogrado, habían centrado en ella hasta tal punto la atención del mundo, que nuestro éxito lo acogieron como una verdadera catástrofe.

Tengo en mi poder testimonios interesantes y aleccionadores de la burguesía, sobre todo de la prensa escandinava, por los cuales puede verse cuán cuidadosamente fue preparada, tanto desde el punto de vista material como del de las ideas (si ideas pueden llamarse la mentira, difamaciones y calumnias) la última campaña de Yudénich. En su número del 15 de octubre un diario burgués finlandés cuenta lo larga y detallada que fue la preparación, lo muy seguro que se estaba del éxito. Movilizaron todo lo que se podía movilizar: las fuerzas de Estonia y de Inger Manland, la flota inglesa, el ejército de Yudénich, reforzado con el batallón de élite del “príncipe serenísimo” Liven, como se le denomina en las órdenes del día, así como unidades sacadas del frente de Arjánguelsk. Todas son unidades selectas, cada una en su género, habiendo en muchas un oficial al mando de cada pelotón, es decir, un oficial por cada siete u ocho soldados. En cuanto un soldado retrocede un paso es inmediatamente abatido.

La ventaja que tenían las tropas de la burguesía contrarrevolucionaria en la lucha contra nosotros consistía en que estaban superiormente provistas de todo lo necesario y, naturalmente, contaban con más medios técnicos que nosotros. ¿Quién trajo estas legiones de Arjánguelsk? La flota inglesa, claro está. Yudénich tenía tanques. ¿Quién trajo esos tanques? Inglaterra. ¿Quién manejaba esos tanques? Especialistas militares calificados ingleses. ¿Quién bombardeaba Krásnaya Gorka con cañones pesados? Los barcos ingleses, monitores armados de cañones de 15 pulgadas (último grito en la técnica de la artillería naval) aparecidos en 1916. Nuestros marineros defendieron Krásnaya Gorka bajo el terrible fuego de esas armas. Aquí tengo comunicados de radio informando que Krásnaya Gorka debe ser tomada hoy o mañana, y que Kronstadt ha caído ya bajo los golpes de los monitores ingleses. Creían que nuestros marineros no aguantarían el fuego de los cañones de 15 pulgadas, pero nuestros marineros aguantaron, y tanto Krásnaya Gorka como Kronstadt siguen en nuestras manos, más firmemente que nunca.

Insisto: se habían preparado para esta campaña, la esperaban, ansiaban este momento decisivo. A primeros de octubre, antes del golpe de Yudénich a Yámburg, uno de los periódicos burgueses escribió que en esos días debería producirse un ataque de Yudénich contra Petrogrado, el cual sería decisivo. La noticia no nos llegó a tiempo porque recibimos el periódico con retraso. Evidentemente, este periódico inglés revelaba un secreto militar, pero era tal su impaciencia por prometer y predecir la caída del poder soviético que lo hacían a costa, incluso, de perjudicar sus intereses militares. Los imperialistas ingleses del tipo de Churchill han ligado demasiado estrechamente su suerte a la suerte de la intervención, y la burguesía despechada le reprochaba a Churchill: “Tú has gastado en la campaña a favor de la burguesía rusa más de dos mil millones de francos (cifra que representa los gastos puramente militares del imperialismo inglés) y este dinero no ha servido para nada como no sea para reforzar la potencia militar del Ejército Rojo”. Churchill respondía: “Esperad todavía una, dos o tres semanas, y el general Yudénich hará lo que no hizo Kolchak, que nos engañó, ni tampoco Denikin. Tomará Petrogrado y una vez allí comenzará inmediatamente a formar un ejército poderoso para llevar la ofensiva a las profundidades de Rusia”. A este plan se refería un diario sueco antes de comenzar la campaña de Yudénich: golpe rápido y decisivo sobre Petrogrado, toma de Petrogrado, consolidación de esta base, formación del ejército y marcha sobre Moscú desde Petrogrado. Todo fue minuciosamente preparado.

Verdad es que Inglaterra quería que el golpe fuera asestado simultáneamente desde dos lados, desde Estonia y desde Finlandia. Y en el curso de octubre toda la prensa inglesa pinchaba a Finlandia. El diario inglés *Times*, por ejemplo, escribió en su editorial sobre

el “deber moral” que tenía Finlandia de participar en esa campaña criminal, lo cual realzaría su autoridad internacional. La todopoderosa Inglaterra, dueña de todos los favores y de todos los castigos, recurrió a amenazas y promesas de todo género para envolver a Finlandia en la aventura de la ayuda a Yudénich. Finlandia vaciló y dudó todo el tiempo, y sigue todavía sin decidirse. La explicación de esa actitud indecisa podemos encontrarla en la prensa burguesa finlandesa. En mi poder tengo testimonios interesantísimos sobre el renacimiento del movimiento comunista en Finlandia. He aquí lo que dice el periódico *Karijala*: “Hasta los últimos meses los periódicos bolcheviques se difundían entre nosotros clandestinamente, editándose en Petrogrado. Pero en los últimos meses nuestra prensa obrera ha adoptado un tono puramente bolchevique. Hay toda una serie de publicaciones legales que de modo abierto y directo amenazan con la revolución en caso de ataque a la Rusia soviética”.

Ahí tenéis, camaradas, la circunstancia principal que ató de pies y manos a la burguesía finlandesa. Nosotros leímos, ciertamente, los cables anunciando que Mannerheim dejaba Europa para regresar a Finlandia, pero después, de repente, hubo un nuevo cambio. El general Mannerheim pensó que el clima finlandés era perjudicial para su gota y permaneció en París. Y en París sigue hasta este momento. Y lo que han dado de sí el proletariado de Petrogrado y el ejército en estas jornadas críticas nos permite afirmar, con toda seguridad, que en caso de ataque de Finlandia nosotros conservaremos Petrogrado. Con mayor razón ahora, después de que Yudénich ha sido rechazado: no nos asusta un ataque de Mannerheim.

Pero estamos profundamente interesados, claro está, en que Finlandia no ataque. Los pasos dados por la diplomacia soviética están dictados, naturalmente, por intereses reales y consideraciones reales, no por simpatía hacia la burguesía finlandesa. Nunca hemos inducido a confusión a nadie sobre esta cuestión, ni a los amigos ni a los enemigos. Pero los intereses de la burguesía finlandesa exigen (en la medida que la historia le conceda aún cierto periodo de existencia) que el país situado a dos pasos de un centro tan importante para nuestra república como Petrogrado, que ese país, se diga a sí mismo, en la persona de sus clases dirigentes burguesas: no meteré la cabeza en el pozo a donde me empuja el imperialismo anglofrancés. El más obtuso de los pequeñoburgueses de Viborg puede comprender que nosotros no vamos a vivir año tras año bajo la amenaza permanente de si el general Mannerheim se decide o no a “tomarnos” Petrogrado.

Puesto que Finlandia es independiente (y nosotros hemos reconocido abierta y sinceramente, sin reservas, esa independencia) la burguesía finlandesa que ocupa actualmente el poder es directamente responsable de la independencia de Finlandia, de su existencia como país. En cuanto a nosotros, tenemos en cuenta que la historia se abrirá camino en Finlandia, hacemos nuestro trabajo en el interior de nuestro país, y el proletariado finlandés no pide nuestra intervención armada porque semejante intervención sólo causaría perjuicio a la causa de la revolución finlandesa en la época actual. He ahí lo que explica la posibilidad de relaciones pacíficas, de coexistencia pacífica, entre Finlandia y nosotros. Pero, por otro lado, repetimos, la ciudad donde viven varias decenas de miles de obreros y obreras (debilitada, desangrada, pero todavía, como antes, magnífico foco de energía revolucionaria) no puede vivir bajo la espada de Damocles de una ofensiva a partir de Finlandia, y si la balanza se inclina a favor de la intervención de la burguesía finlandesa (cosa que no deseamos) habremos de decirnos: esta vez tenemos que ir hasta el fin.

Así, Yudénich ha sido desalojado incluso de su Gdov... ¡y la fortuna parecía sonreírle de tan cerca! El ministro de Yudénich, Margulies, abogado de Petrogrado, ministro de abastecimiento y alimentación en el ex Estado de Gdov, había hecho en Finlandia provisión de todo, hasta de bujías, con destino al casi conquistado Petrogrado. Negociaron con los abastecedores finlandeses en nombre de diversas instituciones gubernamentales. La cosa parecía resuelta por anticipado. Y hay que decir que estos

señores contaban con algunas probabilidades. Nuestro ejército se había retirado hasta las alturas de Púlkovo, a una jornada de marcha de Petrogrado. Desde las alturas de Púlkovo la ciudad se desplegaba como sobre la palma de la mano, parecida en la noche a un mar de fuego: incluso ahora, pese al insuficiente alumbrado, la ciudad se asemeja en la noche a una extensa y cautivante mancha luminosa. Diétskoye Seló, llamado Tsárskoye Seló: su solo nombre seducía a toda la burguesía internacional, porque cada pequeño burgués, cada tendero de París sabía que Tsárskoye Seló era la residencia veraniega del zar, casi Petrogrado. Y he ahí que Yudénich y Rodzianko están en Tsárskoye Seló. ¡Qué victoria! Cuentan que el general Rodzianko llegó el día 20 a Tsárskoye Seló y cuando le propusieron mirar con gemelos Petrogrado respondió: no hace falta, mañana o pasado mañana pasaremos por la Perspectiva Nevsky y podremos ver sin gemelos”. Ahora, camaradas, necesita fuertes cristales de aumento.

¿Cómo explicarse nuestro retroceso? Se explica por una serie de causas. La guerra, camaradas (es claro para todos los que la han visto de cerca, y ¿quién de nosotros no la ha visto de más o menos cerca?) no es tanto un proceso material como psíquico. En este aspecto a nuestro VII Ejército se le había creado una situación desfavorable en extremo. Yudénich ocultaba su cola en Estonia y Finlandia, y su base principal eran las islas británicas. Nosotros no nos batimos con Finlandia, no nos batimos con Estonia. Al contrario, estamos en tratos con esos países. Estonia está supuestamente muy interesada en negociar la paz con nosotros. ¿Quién ha engañado a quién? ¿Querían conjunta y conscientemente engañar a Rusia para asegurar el éxito de la ofensiva de Yudénich? No lo sabremos por ahora porque en la política pequeñoburguesa de los gobernantes estonios es terriblemente difícil distinguir en qué engañan y en qué son engañados. Pero el hecho es que estas conversaciones (cuya significación política ninguno de nosotros puede negar porque ejercen una influencia positiva en la población estoniana, mostrándole en la práctica que no queremos emplear la violencia contra Estonia), han sido interpretadas por los soldados de nuestro VII Ejército como si la cosa estuviera terminada. Decían que se les debía trasladar al frente sur. Otros descansaban, simplemente, descuidados, sin sospechar el golpe que les amenazaba.

Ya he recordado que sacamos del VII Ejército una serie de cuadros y comisarios para el frente sur. Esta situación de espera, de distensión e indolencia en que se encontraba el ejército (en un frente apoyado en Estonia y en Finlandia, con las cuales no combatimos) dio cierta laxitud al ejército, lo cual pudo ser aprovechado por Yudénich para utilizar con gran éxito las nuevas armas mecánicas: los tanques. Digamos una vez más que los tanques, de por sí, no tienen nada de terrible. En definitiva, los tanques no actúan más que con ametralladoras y cañones; su significación en la guerra de maniobra no es grande, pero su misma forma, la manera de desplazarse, la aureola de que están rodeados, produjo inmediatamente gran impresión en nuestros soldados, provocando a veces verdadero pánico. Los nuevos medios técnicos, los tanques, una oficialidad competente, un oficial por cada pelotón, sobre todo en los batallones del “príncipe serenísimo” Liven, en las mejores unidades de choque (y todo ello al mismo tiempo que el relajamiento expectante de los nuestros): he ahí las premisas generales de la campaña que dieron fundamento a las afirmaciones de la contrarrevolución, según las cuales entraría en Petrogrado no más tarde de fines de octubre, comienzos de noviembre. Pero no tuvieron en cuenta el factor moral de que dispone nuestro ejército en la persona de los obreros avanzados, en la persona de los comunistas; no contaron con nuestra inmensa capacidad para movilizar rápidamente el espíritu del ejército, elevarlo y poner en tensión su voluntad.

Ningún ejército en el mundo (podemos afirmarlo con seguridad) posee una capacidad semejante. Tenemos muchos defectos e insuficiencias, pero nos esforzamos por suprimirlos. Incluso hemos fabricado tanques que actuaron contra Yudénich con mucho éxito, lo cual produjo gran impresión en el Ejército Rojo. Nuestros soldados rojos

decían con alegría: “Ahora tenemos nuestro *Tanka*¹ en el frente”. Sin embargo, tenemos muchas lagunas técnicas y hay casos, aquí o allá, en que nos vemos obligados a rellenarlas de cualquier manera. Pero en cambio contamos con nuestro aparato de comunistas, insustituible, seguro, fiel. El papel de estos comisarios y comandantes comunistas en nuestro ejército no lo pueden llenar en el de Yudenich sus oficiales, que son tan numerosos en las principales unidades. Son capaces, naturalmente, de heroísmo. Muchos de ellos han caído en encarnizados combates, pero de todos modos son representantes de la intelligentsia pequeñoburguesa: son capaces de un impulso, pero se entusiasman fácilmente con los éxitos y al primer revés decaen. Los proletarios de Moscú y Petrogrado son otra cosa, totalmente distinta: cuanto más golpeados son por la suerte adversa tanto más firmemente se mantienen.

Ahora lo comprobamos de nuevo. Cada vez que una prueba así se abate sobre nosotros podemos convencernos más y más de la fuerza de espíritu del proletariado. Mirad Petrogrado... ¿Cuántos militantes hemos sacado de Petrogrado, cuántos han perecido en todos los frentes? Y sin embargo Piter² promovió otros miles en la hora del peligro que cerraron el paso al enemigo. La tarea de la defensa de Petrogrado fue dividida por nosotros en dos partes: el enemigo se encontraba ante las alturas de Púlkovo, donde combatía nuestro ejército de campaña, que al retirarse había perdido su capacidad de combate y era necesario reforzarlo, reagruparlo y elevar su moral. Pero para el caso de que el ejército de campaña abandonase sus posiciones y el ejército de Yudénich entrara en Petrogrado, habíamos decidido convertir toda la ciudad en un campamento fortificado, donde cada barrio, cada sector, tendría que ser arrancado combatiendo. Los militantes obreros de Petrogrado fueron divididos en dos grupos: unos destinados a la línea del frente, para rehacer las unidades del VII Ejército, y otros a los que se dijo: fortificad la ciudad, construid trincheras, cread milicias, formad grupos con ametralladoras, granadas, formad destacamentos, elegid casas apropiadas para instalar puestos, ocupad los sótanos, armad con fusiles y granadas a los obreros y obreras para que reciban dignamente al enemigo si logra penetrar unas horas. En unos cuantos días hemos dividido la ciudad en sectores, los sectores en islotes; hemos organizado y distribuido los grupos de milicias, efectuado las fortificaciones indispensables: Si los blancos hubieran logrado penetrar en la ciudad se habrían visto obligados a arrancar con los dientes cada manzana, cada barrio, cada sector. El retroceso del ejército de campaña no habría significado, por tanto, la pérdida de Petrogrado. Habría significado, solamente, que la lucha se trasladaba a las calles de la ciudad, y en ellas (estamos convencidos) habríamos aniquilado al ejército de Yudénich.

Pero la cosa no llegó hasta ahí. La toma de Diétskoye Seló y de Pavlovsk fue el último éxito de Yudénich. El 21 fue contenida su ofensiva y el 22 pasamos a la contraofensiva. El 23 tomamos Diétskoye y Pavlosk, y al cabo de unos días Krásnoye Seló. Ya la toma por los nuestros de los dos primeros pueblos tuvo una importancia decisiva. Mostró que el VII Ejército había renacido, que revelaba de nuevo elasticidad y tesón, que había desaparecido aquella abulia surgida cuando, de improviso, fue arrojado de Yámburg y tuvo que retroceder. Nuestra tarea consistía en lograr un cambio fundamental en el estado moral del ejército. Gátchina fue tomada por el enemigo mediante un hábil raid nocturno. Una unidad muy pequeña, tal vez una compañía (aún no se ha esclarecido) se introdujo en el parque, abrió fuego durante la noche y provocó el pánico. Con la habilidad del guerrillero calificado, el enemigo aprovechó el efecto de sorpresa. Una única compañía creó la mayor confusión... Había que lograr a toda costa que nuestras unidades se sacudieran la modorra, había que hacer comprender a cada soldado que el enemigo era débil y nosotros fuertes, había que mostrar los blancos a los rojos, había que insuflar la certidumbre de su fuerza en cada soldado rojo: esto es lo que

¹ Diminutivo vulgar de Tatiana. [NDE].

² Manera popular de llamar a Petrogrado. [NDE].

realizaron los obreros de Moscú y Petrogrado. Había que mostrar que los tanques no eran más que cajones de hierro, en cuyo interior hay algunos hombres armados con los mismos medios de que está armado el ametrallador y el artillero ordinarios, y a esto sólo podían ayudarnos fuerzas vivas, como las venidas de Moscú y Petrogrado, cuya labor, nada más llegadas, fue enorme. Y en cuanto se tomaron dos o tres pequeños pueblos la cosa quedó decidida, porque en realidad éramos más, estábamos bastante bien armados y queríamos aplastar al enemigo.

Conseguimos realizar el viraje. Al cabo de unos cuantos días comenzamos a hacer prisioneros, e incluso hubo soldados del enemigo que se pasaron a nuestras filas. Durante la retirada no los había habido precisamente porque el VII Ejército retrocedía sin cesar. Se logró el viraje. Es un hecho, camaradas, que hemos podido observar más de una vez en nuestros frentes, el hecho de que uno u otro de nuestros ejércitos (improvisado, creado rápidamente por sus propios medios, mal articulado), parece que pierde su capacidad militar, su dominio de sí, precisamente porque le faltan el conocimiento, la práctica y, a veces, el adecuado personal de mando; parece como si se disgregase, como si el suelo vacilase bajo sus pies. Pero basta con introducir en ese ejército cierto número de proletarios valerosos, firmemente dispuestos a morir antes que retroceder, para que el viraje se produzca. Este es un nuevo factor de la guerra, desconocido de los viejos ejércitos del imperialismo y que la Bolsa inglesa no entiende aún: el nuevo tanque revolucionario, el proletariado de Moscú y de Petrogrado, capaz de milagros.

Este tanque supera todos los obstáculos. Basta con que comprenda claramente que el peligro *es grande*. Todo reside ahí. Cuando, camaradas, las cosas no van bien en el frente, el obrero de Moscú y Petrogrado se dice, una vez más: “No importa. Saldrán del paso, no es la primera vez que han salido del paso...”. Pero a menudo llega lo peor, y entonces, cuando ese obrero comprende que el peligro es grande, que el peligro está ahí, encuentra siempre de dónde sacar nuevas fuerzas, aún no empleadas, y que cada vez resultan ser superiores a las empleadas anteriormente. La lucha por Petrogrado tenía para nosotros doble significación: por un lado, la bolsa europea había apostado fuerte a la carta de Yudénich, se había comprometido a que esta ofensiva tuviera un carácter decisivo: primero Piter y después Moscú. Por tanto, no ceder Petrogrado significaba asestar un rudo golpe a la bolsa europea, ponerla en un aprieto, ridiculizarla ante las grandes masas obreras de Europa y América; por otro lado, la cuestión de Petrogrado revestía el carácter de una prueba interior. ¿Había todavía pólvora en los polvorines de la revolución rusa y, en particular, en el proletariado de Petrogrado, después de que esa pólvora revolucionaria había sido gastada a manos llenas? Resultó que sí, que Petrogrado era capaz aún de defenderse.

Este hecho (no ceder Petrogrado) tiene una gran importancia para la actitud del proletariado europeo hacia nosotros y, de rechazo, para la actitud de la burguesía europea hacia nosotros. El proletariado europeo no comienza su revolución justamente porque la burguesía europea representa una fuerza mucho más poderosa que la de nuestra burguesía. Hay una cierta inercia, una cierta rutina de las relaciones de clase, que dificulta a la vieja clase obrera el insurreccionarse contra el viejo poder de la burguesía. El proletariado de Europa va hacia esa insurrección, pero por una vía más lenta. Aprovechándose del lento desarrollo de la revolución, su burguesía nos combate recurriendo a todas las armas y medios que es capaz de poner en movimiento. Ciertamente Inglaterra no lanzó sus divisiones a nuestro territorio sino únicamente sus obuses de 15 pulgadas. Pero si no pudo hacerlo menos podrá ulteriormente luchar contra el obrero inglés. Los proletarios londinenses que amenazaron a la burguesía con la huelga general en caso de prolongar la guerra contra Rusia, que se preguntaban con prudencia y circunspección si serían suficientemente fuertes para levantarse abiertamente contra la finanza inglesa, dirán ahora a esa finanza: “¿Qué hay? Te lanzaste a la lucha contra Petrogrado, contra Rusia. Amenazabas con incendiar el Báltico. Prometiste tomar Petrogrado el rojo, pero no lo has

tomado. Petrogrado sigue siendo tan proletario como era”. He ahí lo que dirá el obrero inglés.

Cuanto más la prensa mundial haya aumentado el interés por la toma de Petrogrado, con tanta más agudeza y fuerza quedará comprometido el imperialismo mundial en la conciencia del proletariado mundial, no sólo desde el punto de vista moral (el crédito se le agotó hace tiempo en este aspecto), sino desde el punto de vista de la fuerza militar real. Pero que el interés por la suerte de Petrogrado ha sido extraordinariamente intenso podemos comprobarlo en la misma prensa burguesa. Un periódico sueco escribe abiertamente: “Semana mundial de fiebre por Petrogrado”. “Tomar Petrogrado (escribían los gacetilleros burgueses) significa abrir un nuevo capítulo de la historia mundial”. Quiere decirse que en las alturas de Púlkovo, donde luchábamos con Yudénich, en esos dos ejércitos relativamente pequeños, se personificaban dos destacamentos de dos fuerzas mundiales enormes: la burguesía mundial, por un lado, que dio todo lo que podía dar contra nosotros; por otro, el proletariado europeo que en esos momentos no podía dar nada como no fuera su ardiente simpatía, porque el mar, los barcos, los cables, la radio, aún no estaban en sus manos. Por consiguiente, la lucha adquirió un carácter no sólo material sino simbólico: el de una prueba de fuerza entre la revolución mundial y la burguesía mundial. Y sucedía, justamente, en vísperas del segundo aniversario del poder soviético. Como si la historia hubiera querido poner a prueba, en el día de nuestro aniversario, tanto a nosotros como a la finanza mundial; como si hubiera querido palpar y sacudir a los dos para ver si se sostienen firmemente sobre sus piernas. En los combates por Petrogrado el poder soviético demostró que se mantiene firme e inquebrantable. Por eso los combates ante Petrogrado han adquirido una gran significación de principio y propagandística, que se hará sentir en los próximos meses y semanas.

Esto no quiere decir que nuestra tarea esté resuelta. No, no está resuelta ni siquiera en el frente de Petrogrado. En principio no lo está más que en el frente del este. Allí el enemigo ha sido destruido y toda la cuestión reside en devorar espacio, ese inmenso espacio que se extiende hasta el océano Pacífico; allí hay que organizar y fortalecer el poder soviético, tarea que en sus nueve décimas partes no es militar. En el sur la tarea militar aún no está resuelta. Tampoco lo está en el noroeste. Petrogrado, indudablemente, está fuera de peligro, el enemigo ha sido quebrantado, pero aún no quebrado; retrocede, pero todavía no huye, y, en todo caso, no ha sido aniquilado. Es el objetivo que debemos alcanzar: el ejército de Yudénich debe ser destruido.

Las fuerzas del frente de Petrogrado deben ser liberadas cuanto antes para otras tareas, sobre todo en el frente sur, donde ya se ha producido el viraje, pero donde es necesario concentrar en las próximas semanas el máximo de fuerzas, el máximo de voluntad y de energía creadora, porque como nos ha enseñado la experiencia del VII Ejército, pobres de nosotros si después de grandes éxitos permitimos que nuestra organización desfallezca, se relaje, se debilite. Después nos vemos forzados, al precio de increíbles esfuerzos y de muchas víctimas innecesarias, a enderezar lo que perdimos por falta de dominio de nosotros mismos. Menos mal que la experiencia nos forja un poco más cada día, nos hace más tenaces y metódicos en el trabajo.

Después de lo que hemos hecho en todos los frentes no hay duda alguna de que resolveremos nuestra tarea militar victoriosamente. Entre nosotros, camaradas, en nuestro joven ejército, hay ya cuadros excelentes, hay combatientes de una categoría como se encuentran pocos en la historia mundial. Si nosotros, camaradas, hablamos abiertamente de nuestras insuficiencias y errores, de los casos de pánico, considerad que tenemos el derecho y la obligación de hablar de ese heroísmo, de ese impulso excepcional, que se observan en el frente de Petrogrado. Leed los comunicados de Denikin, sus informaciones de prensa, donde dicen que nuestros soldados rojos, nuestros alumnos oficiales, nuestros comunistas, se baten (según su expresión) con pasión insensata. Y es verdad. Allí, donde

en sectores reducidos el enemigo tiene un oficial por cada siete hombres, donde la tercera parte de éstos dispone de armas automáticas, donde cuentan con tanques y automóviles, y donde no pierden municiones en vano porque disparan sólo sobre la fuerza viva del adversario; allí, de nuestro lado, hay menos destreza, existen deficiencias, pero el entusiasmo y el heroísmo lo compensan con creces.

Los blancos han afirmado que nosotros tenemos más bajas que ellos, aun reconociendo que las suyas son muy numerosas. Es difícil comprobar si esto es cierto o no. Pero el hecho es que nuestro VII Ejército ha asestado al enemigo un golpe irreparable. Hubo muchas víctimas. Yo vi allí, en la acción, jóvenes obreros y campesinos, alumnos de las escuelas militares de Moscú y Petrogrado. ¡Qué combatientes! Los regimientos llegados del frente oriental, el regimiento letón. ¡Qué héroes! Se arrojaban sobre los tanques con el revólver en la mano. Un comandante de compañía del regimiento letón saltó sobre un tanque gritando: ¡Es nuestro! Son los actos que Yudénich califica de heroísmo insensato. Estoy convencido de que con semejante ejército el tercer año del poder soviético será el año del hundimiento total de nuestros enemigos y de una paz sólida, asegurada por el brazo armado del proletariado.

Si, creo que el tercer año será el año de la paz, a la que tanto aspiramos, que tanto necesitamos. Nosotros no buscamos la victoria por la victoria, combatimos porque nos obligan a combatir. Queremos edificar una economía de paz, queremos el desarrollo y el florecimiento de la cultura. En la guerra que nos han impuesto vemos un terrible obstáculo a nuestras más importantes y sagradas tareas. El primer día de paz será el de la desmovilización del ejército, nos devolverá muchos cientos de miles de proletarios y campesinos que el país soviético entregó al ejército para defender la independencia y la libertad de la república de los trabajadores. Todos regresarán, pero no igual que fueron, sino cambiados, en mejor y no en peor. Todo lo pasado, la tensión vivida, dejará en sus espíritus profundas cicatrices e imprimirá a su voluntad un nuevo temple de acero. Dondequiera que los enviemos después, nuestros alumnos oficiales y nuestros soldados rojos cumplirán con su trabajo. Nosotros les decimos: “El enemigo es Yudénich, ¡destrúyete! Y ellos lo destruyen. Mañana, cuando hayamos acabado con Yudénich y Denikin y vosotros devolváis vuestros combatientes a sus hogares, en la retaguardia, les diréis: “El enemigo es el frío, el hambre, la ruina del país, ¡acaba con ellos!”, y toda la energía, todo el entusiasmo, toda la abnegación que acumularon en el Ejército Rojo irá al servicio del trabajo pacífico, del bien de los obreros y obreras, de las madres y niños que sufren hambre. Y entonces nos haremos totalmente invencibles, curaremos nuestras heridas, aseguraremos a nuestro país la paz, el bienestar, el libre desarrollo, y seremos un país libre entre otros países felices.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es